

El ejército está poseído de ardimiento y de confianza. En su hermoso libro militar *Recuerdos de la guerra de Crimea*, el general Fay, antiguo ayudante de campo del mariscal Bosquet, ha dicho: «La ausencia del enemigo al efectuarse el desembarco nos aseguraba el éxito para la primera batalla, y nadie dudó ya de ello desde la noche del 14. Durante la travesía habíamos sabido por una proclama del emperador la noticia de la toma de Bomarsund, de la que se había apoderado el general Baraguey-d'Hilliers, jefe de la expedición del Báltico, haciendo dos mil prisioneros, y esta primera victoria nos había parecido de buen agüero.»

El mariscal de Saint-Arnaud tenía razón cuando escribió al ministro de la Guerra: «Nuestra situación es buena.... La travesía y el desembarco eran dos de las eventualidades más temibles que presentaba nuestra empresa, sin precedente casi respecto á las distancias, á la razón y á las incertidumbres sin número que ofrecía. Juzgo que el enemigo que deja acumularse á pocas leguas de sí semejante tempestad sin hacer nada para disiparla en su principio, se pone en una situación muy enojosa.»

Hasta el último instante los rusos no habían querido creer en una empresa tan temeraria como lo era un desembarco en Crimea á mediados de septiembre. La estación les parecía demasiado avanzada para que los aliados tuviesen la idea de hacer semejante tentativa y aventurarse en un país donde los rigores del clima y la falta de recursos harían tan difícil su existencia. El príncipe Menchikoff, general en jefe del ejército ruso, juzgó que llegaría demasiado tarde para oponerse á un desembarco, sin contar que ignoraba en qué punto se efectuaría. En su consecuencia resolvió no impedir á los invasores que tomaran tierra, sino avanzar hacia Sebastopol para cerrarles el paso, y en las alturas que dominan el río. Alma fué donde, con cuarenta mil hombres y noventa y seis piezas de artillería, esperó al enemigo.

El 19 de septiembre, á las siete de la mañana, los aliados, comenzando su primera etapa en dirección á Sebastopol, se ponen alegremente en marcha y con un tiempo magnífico flanquean la costa y avanzan hacia el Sud. Los buques de las dos naciones, que navegan á la misma altura, tocando casi la orilla, presentan el espectáculo extraordinario de dos ejércitos y dos escuadras que van al combate en un mismo frente. A las tres de la tarde llegan cerca del Boulgarak, barranco que corre de Este á Oeste, desaguando en el mar como el Alma. Ya se trataba de acampar en el camino, cuando los tiradores señalan la presencia del ejército ruso en las alturas que dominan el río y algunos movimientos de tropas en la orilla derecha. Entonces los aliados van á establecerse en dos líneas, á dos leguas frente al enemigo; en las avanzadas se cruzan algunos cañonazos; pero es demasiado tarde para comenzar el ataque, y al día siguiente, 20 de septiembre, se librará la batalla de Alma.

XXV

LA BATALLA DE ALMA

El plan de batalla es el siguiente: flanquear las dos alas del ejército ruso y aniquilarle después por un ataque de frente, á cuyo efecto se acuerda lo siguiente:

1.º En la extrema derecha, la segunda división, mandada por el general Bosquet, marchará la primera, atravesará el Alma cerca de su desembocadura, y elevándose á lo largo de las rampas, caerá después sobre la izquierda de los rusos para cercarla y rechazar al enemigo hacia el centro.

2.º Después del movimiento de la división Bosquet, la primera y tercera divisiones, mandada una de ellas por el general Canrobert y la otra por el príncipe Napoleón, franquearán el Alma apoyadas por una parte del ejército inglés, escalarán las alturas entre Almatamak y Burliuk y darán el ataque principal.

3.º En la izquierda de la línea francesa el resto del ejército tratará de flanquear la derecha de los rusos.

4.º La cuarta división, bajo las órdenes del general Forey, quedará de reserva.

La víspera de la batalla, el mariscal de Saint-Arnaud ha reunido á los generales para darles sus últimas instrucciones. «Cuento con vos, Bosquet, ha dicho al jefe de la segunda división. — Sí, señor mariscal, contesta aquél; debo atraer hacia mí una parte del centro enemigo; pero no olvidéis que no podré soportar el peso más de dos horas.»

20 de septiembre. A las seis de la mañana la división Bosquet emprende la marcha, componiéndose de dos brigadas, una á las órdenes del general d'Aute-marre, y la otra á las del general Bonat. Ha partido de las orillas del Boulgarak, y ya no está más que á dos kilómetros del Alma, cuando un ayudante de campo del mariscal trae la orden de hacer alto, porque el ejército inglés no está dispuesto aún.

A las once y media la división Bosquet prosigue la marcha; en toda la línea resuenan tambores, clarines y músicas.

La batalla se trabará muy pronto: los rusos, situados en las alturas, tendrán cuarenta y tres mil doscientos hombres que oponer á los cincuenta y seis mil de los aliados. El río Alma, que éstos últimos deben atravesar, tiene una corriente sinuosa, muy encajonada, y los vados son difíciles y escasos. Los rusos han en-

viado al fondo del valle, lleno de árboles, de jardines y de casas, y al pueblo de Burliuk una fuerza de tiradores bien protegidos, armados de carabinas de precisión, que recibirán á las cabezas de columna con un fuego muy vivo y molesto.

A las doce y media la división Bosquet llega al río Alma; pero la brigada de Bonat se ha retrasado algún tiempo por las dificultades que presenta el vado del Barre. Llegada cerca de Almatamak, y oculta al enemigo por las escarpaduras de la orilla próxima, la brigada de Autemarre halla más facilidad para cruzar el río. Seguido muy pronto por el resto de la brigada y por el general Bosquet, el primer batallón del 3.º de zuavos franquea el vado, trepa por las pendientes á pico que dominan la orilla, y con prodigiosa agilidad alcanza la cresta. Haciendo lo que los rusos creían imposible, consiguen izar algunos cañones á lo largo de las escarpaduras.

La brigada Bonat se ha reunido con la de Autemarre, y durante más de hora y media, los doce cañones conducidos por el comandante Barral contestarán á los cuarenta que el enemigo les opone. Sin embargo, las municiones se agotan y ya es tiempo de que la división Bosquet sea sostenida por las demás.

A la una de la tarde el ataque de frente comienza al fin. La primera y tercera divisiones, mandada una por el general Canrobert y la otra por el príncipe Napoleón, se dirigen hacia el Alma y le atraviesan, la primera cerca de Almatamak, y la segunda cerca de Burliuk. El interés de la lucha se concentrará alrededor del telégrafo, situado entre estos dos pueblos: es el punto principal de la resistencia de los rusos.

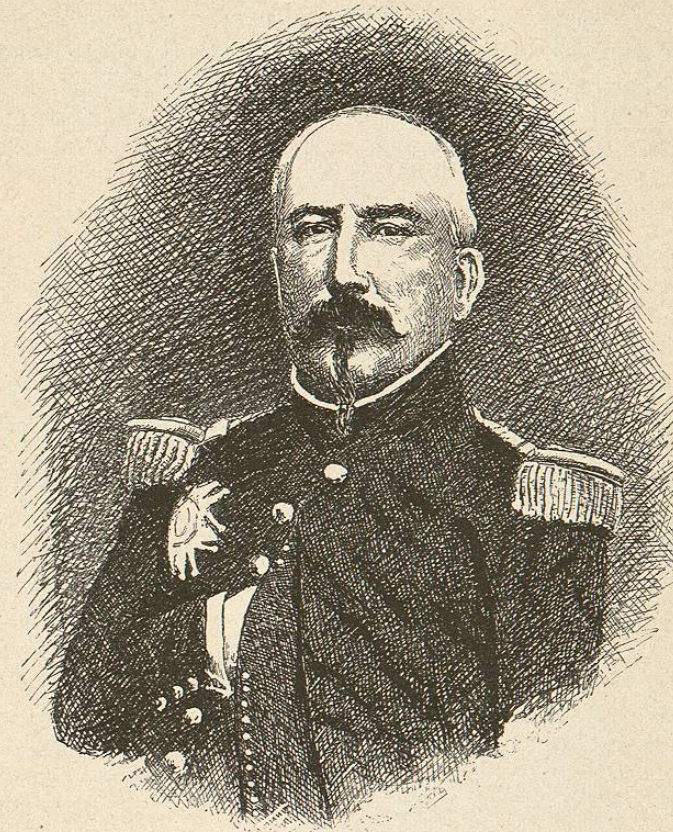
El general Bosquet, cuya posición en la cresta comenzaba á ser crítica, oye con alegría los clarines de los zuavos de la división Canrobert, la cual, con un ardimiento del que su intrépido jefe le da ejemplo, franquea las alturas por las pendientes más rápidas. Herido en el pecho por un casco de bomba, Canrobert no deja de mantenerse á caballo hasta el fin de la batalla.

La división del príncipe Napoleón, después de apoderarse del pueblo de Alma bajo el fuego de las baterías rusas, toma una parte brillante en los combates empeñados en las mesetas.

Los regimientos de Minsk y de Moscou traban una lucha heroica contra las divisiones Bosquet y Canrobert. Escuchemos al general Fay, que en su hermoso relato hace tan lealmente justicia á los rusos: «Una de nuestras baterías rompe un fuego de metralla tan violento y á tan corta distancia, que muy pronto se introduce el desorden en las filas de la columna enemiga, á pesar del vigor de sus oficiales; uno de ellos, que se halla en el sitio más peligroso, llama á sus hombres y vuelve á colocarlos en fila por su propia mano. «¡Intrépido oficial, exclama el general Bosquet; si estuviese aquí, le abrazaría!»

El 1.º de cazadores de infantería, el 1.º de zuavos y el 39 de línea se precipitan á la vez; muy pronto la bandera de este último regimiento ondea en el telégrafo; pero el subteniente Poisdevin, que tenía el honor de llevarla, cae gloriosamente, herido de muerte.

Entretanto, los ingleses libran una batalla, casi distinta, pero tal vez más sangrienta aún. Después de franquear el Alma más allá del pueblo de Burliuk, se han dirigido sobre las posiciones fortificadas por los rusos, donde éstos ha-



El general Bosquet

bían concentrado considerables masas. El objetivo de los ingleses era ocupar las alturas que sobre Burliuk y más allá dominan el camino de Eupatoria á Sebastopol, y á fuerza de energía consiguen llevar á cabo esta difícil tarea.

A las cuatro y media. — Apoyadas por la división de reserva, es decir, la del general Forey, las tres restantes, mandadas por los generales Bosquet, Canrobert y príncipe Napoleón, quedan victoriosas en todas partes: la batalla se ha ganado definitivamente.

A las cinco. — Los ingleses se reúnen con los franceses y mezclan sus aclamaciones con las de los vencedores, que ocupan las posiciones conquistadas. La derrota de los rusos hubiera sido completa si los aliados hubiesen tenido á

su disposición algunos regimientos de caballería para perseguir á los vencidos. Desgraciadamente los franceses no tenían más que un escuadrón de cazadores de Africa, con un pelotón de spahis, y en cuanto á los ingleses, solamente una división de caballería, pero ha llegado tarde. El general Bosquet escribirá al día siguiente: «No tenemos más prisioneros que algunos rezagados y los numerosos heridos diseminados en el campo de batalla. Ha sido una buena jornada; pero incompleta, sin trofeos ni prisioneros, por falta de caballería.»

Y el mariscal de Saint-Arnaud dirá en su informe al emperador: «No me consolaré en toda mi vida de no haber tenido siquiera mis dos regimientos de cazadores de Africa.»

Durante todo el día el mariscal se ha presentado valerosamente en todos los puntos más peligrosos, sin consideraciones á su Estado mayor ni á sí propio, y al día siguiente escribirá á su esposa: «Estoy satisfecho de mi Estado mayor: á Gramont le atravesó el capote un casco de bomba; Mauricio (M. de Puysegur) ha estado muy arrojado; Eynard (M. de Clermont Tonerre) se ha portado bien, y á todos les he proporcionado ocasión de oír el silbido de las balas. Raúl (M. de Lostanges) es intrépido; le han herido el caballo, y yo tengo mi estandarte atravesado de un balazo.»

En un cuadro que es conmovedor, pero inexacto, el pintor Bellangé ha representado al mariscal durante la batalla á caballo y sostenido por dos jinetes en los cuales se apoya, uno á la derecha y el otro á la izquierda. El doctor Cabrol ha escrito: «Este hecho poético es debido á la imaginación del excelente artista..... Sin saberlo nadie, dábamos al mariscal un imán muy fuerte envuelto en una bolsita de franela; entonces se detenía momentáneamente, encorvándose sobre el pomo de la silla, y se aplicaba el imán desnudo sobre la región del corazón y del epigastrio. Esto le aliviaba momentáneamente, y se mantuvo á caballo muy bien durante toda la batalla.» El vencedor de Alma podrá escribir á la mariscal: «He permanecido unas doce horas á caballo, y siempre sobre *Nibor*, que ha estado muy bien, galopando en medio de las balas lo mismo por la mañana que por la tarde.»

La jornada ha sido sangrienta. Según el general Fay, las pérdidas de los ejércitos se han elevado á ocho mil hombres para los rusos, y para los aliados á tres mil trescientos cinco; los ingleses han tenido trescientos cuarenta y tres muertos y mil seiscientos veintidós heridos, y los franceses ciento cuarenta y tres de los primeros y mil doscientos de los segundos.

Quedando los aliados dueños del campo de batalla, el mariscal vivaquea en el terreno mismo que ocupaba el general en jefe del ejército ruso, el príncipe Menchikoff, cuyo coche y correspondencia han caído en manos del jefe francés; pero aquél se ha retirado con todo su ejército en buen orden, para meterse en Sebastopol. Rendidos de fatiga, y sin haber comido los más desde por la mañana, franceses é ingleses necesitan reposo, y muchos de ellos han vuelto á bajar á las orillas del Alma para recoger sus morrales, que habían dejado á fin de ali-



Batalla de Alma

gerarse en el momento de escalar las alturas. Llegada la noche, se plantan las tiendas; oficiales y soldados se echan y duermen; el mariscal vela, y dicta su orden general del día: «Campo de batalla del Alma, 20 septiembre de 1854. Soldados: Francia y el emperador quedarán contentos de vosotros. En Alma habéis probado á los rusos que erais dignos hijos de los vencedores de Eylau y del Moscowa; habéis rivalizado en valor con vuestros aliados los ingleses, y vuestras bayonetas han tomado posiciones formidables, bien defendidas. Soldados, volveréis á encontrar á los rusos en vuestro camino, y los venceréis de nuevo, como lo habéis hecho hoy, al grito de ¡Viva el emperador!, sin deteneros hasta Sebastopol. Allí es donde disfrutaréis del reposo que tan bien habéis merecido.»

El mariscal dirige después á Napoleón III el primer boletín de victoria del segundo Imperio: «Señor: los cañones de V. M. han hablado..... Hemos conseguido una victoria completa, y V. M. puede estar orgulloso de sus soldados: nada han perdido; aún son los de Austerlitz y de Jena. Jamás he visto entusiasmo semejante. El grito de ¡Viva el emperador! ha resonado todo el día, y los heridos se incorporaban para aclamaros. Lord Raglan se distingue por su bravura de los antiguos tiempos; en medio de las bombas y de las balas su tranquila calma no le abandona nunca. El príncipe Napoleón, á la cabeza de su división, se ha apoderado del pueblo de Alma bajo el fuego de las baterías rusas, mostrándose digno del nombre que lleva..... El general Canrobert, á quien corresponde en parte el honor de la jornada, está ligeramente herido, pero sigue muy bien. Los zuavos se han hecho admirar de ambos ejércitos; son los primeros soldados del mundo.»

Al mismo tiempo el general Bosquet escribe á su madre: «Batalla, y hermosa batalla, feliz y gloriosa para la 2.^a división. Yo mandaba la derecha, y se me encargó atacar el primero las posiciones rusas. Era preciso ver á mis bravos soldados trepar audazmente por los altos declives del Alma, seguidos de la artillería y el resto de la brigada.

»A lo lejos el centro del ejército y los ingleses, muy atrás de nosotros, nos miraban y aplaudían.

»Durante un momento he debido resistir al esfuerzo de la mitad y más del ejército ruso: cuarenta piezas de artillería cruzaban sus fuegos sobre mi primera brigada, y me enorgullecía de poder presentar al enemigo tan intrépidos soldados. En las posiciones abandonadas por los rusos éramos un hombre contra cinco ó seis, y doce cañones contra cuarenta. ¡Qué cuadro tan hermoso! Pero esto iba durando demasiado; el centro del ejército ha llegado con Canrobert, el príncipe y el mariscal; los ingleses no se presentaron hasta más tarde; y apenas se dividió la atención del ejército, he cargado al enemigo con mis dos brigadas y ocho batallones turcos, á mis órdenes, obligando á los rusos á emprender la retirada..... El mariscal me ha enviado un oficial para complimentarme y dar gracias á la división.

»Te escribo mis impresiones corriendo. Sí, tengo el corazón alegre, porque la fortuna me ha reservado atacar el primero al ejército ruso y obligarle á quintuplicar sus fuerzas delante de mí; he tenido la satisfacción de ver al enemigo retirarse y de seguirle á cañonazos; tengo el corazón alegre porque manos amigas y las de personas á quienes aprecio mucho han venido á estrechar la mía y á felicitar á la segunda división.»

¡Gloria á los héroes que hablan y obran así!